

sola patria, conservaban, no obstante, una dominación distinta é independiente sobre su monarquía hereditaria. Tenían su consejo y sus ministros aparte para los intereses reservados de sus antiguos asuntos personales. Estos consejos no se confundían en un solo gobierno mas que acerca de los intereses patrióticos comunes á los dos imperios y á los dos esposos.

La naturaleza parecia haber dotado á estos dos soberanos de formas, de cualidades y perfecciones distintas; pero casi iguales para completar el uno por el otro el reinado de prestigio, de conquista, de civilización y de prosperidad que Dios les destinaba. El único defecto de Fernando era una cierta incredulidad y una cierta frialdad que proceden de la desconfianza y que cierran el corazón al entusiasmo y á la magnanimidad.

Pero estas dos virtudes, de que hasta cierto punto carecía, eran recompensadas en sus consejos por la ternura de alma y por la abundancia de corazón y de genio de Isabel. Joven, bella, admirada de todos, adorada del rey, instruida, piadosa sin superstición, elocuente, llena de fuego por las grandes cosas, de atractivo para los hombres grandes, de confianza en los grandes pensamientos, imprimía en el corazón y en la política de Fernando el heroísmo que procede del corazón y lo maravilloso que procede de la imaginación. Ella inspiraba y él ejecutaba; Isabel hallaba su recompensa en la fama de su esposo, y Fernando su gloria en la admiración y en el amor de su mujer. Este doble reinado, que debía llegar á ser casi fabuloso para España, no esperaba para immortalizarse entre todos los vecinos mas que la llegada de este pobre extranjero que venía á implorar la entrada en el palacio de Córdoba con la carta de un pobre fraile en la mano.

## XV.

Esta carta, leída con prevención é incredulidad por el confesor de la reina, no produjo mas que dilaciones, negativas, respecto á la audiencia que Colon solicitaba, y el mas grande desaliento. Los hombres no tienen oídos para los pensamientos atrevidos mas que en la soledad y en el reposo. Entre el tumulto de los negocios y de la actividad no encuentran benevolencia ni tiempo. Todas las puertas se cerraron delante de Colon, «porque era extranjero», dice el historiador Oviedo, contemporáneo de este grande hombre, porque iba pobremente vestido, y porque no llevaba á los cortesanos y á los ministros otra recomendación que la carta de un fraile franciscano, solitario, hacia ya mucho tiempo olvidado de la corte.»

El rey y la reina ni aun le oyeron hablar; el confesor de Isabel, por indiferencia ó por desden, engañó completamente las esperanzas que Juan Perez habia puesto en él. Colon, obstinado como la certidumbre que aguarda la hora, no se alejó de Córdoba á fin de espiar mas de cerca un momento mas propicio. Despues de haber agotado en la espectativa la módica bolsa de su amigo el prior de la Rábida, ganó miserablemente su vida en su mezquino tráfico de globos y cartas, gozando así con las imágenes de un mundo que él debía conquistar. La vida azorosa y paciente durante tantos años no deja entrever en el fondo de su oscuridad mas que la miseria, el trabajo y sus burladas esperanzas. Joven y tierno de corazón, amó sin embargo y fué correspondido durante estos años de amargas pruebas, pues tuvo otro hijo llamado Fernando, procedente de un amor misterioso que jamás consagró el casamiento, que recuerdan la memoria y el remordimiento en palabras muy sentidas, impresas en su testamento; pero educó á este hijo natural con tanta ternura como á su hijo Diego.

## XVI.

Su gracia y su dignidad exterior traspiraban al través de su humilde profesion; los personajes distinguidos á quienes le aproximaba algunas veces su comercio científico, recibían de su persona y de sus conversaciones aquella impresion de asombro y de atracción, profecía eléctrica en un gran destino en una mediana condicion. Este tráfico y estas conversaciones le conquistaron amigos en Córdoba y hasta en la corte. Entre estos amigos, cuyos nombres ha conservado la historia para asociarlos al reconocimiento del mundo futuro, se cita á Alonso de Quintanilla, mayordomo de los bienes de Isabel; Geraldini, preceptor de los jóvenes principes sus hijos, y Antonio Geraldini, nuncio del papa en la corte de Fernando; en fin, Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal, hombre de tal crédito, que era llamado el tercer rey de España.

## XVI.

El arzobispo de Toledo, asustado al principio de estas novedades geográficas, que parecían infundadamente contradecir las nociones sobre el mecanismo celeste, contenidas en la Biblia, se tranquilizó bien pronto al notar la piedad sincera y superior de Colon. Dejó de temer ó sospechar un blasfemo en ideas que en-

grandecian la obra de la sabiduría de Dios. Seducido por el sistema, encantado por el hombre obtuvo, una audiencia de los soberanos, mediante la protección del arzobispo. Colon, despues de dos años de esperanza, compareció á esta audiencia con la modestia de un humilde extranjero; pero con la confianza de un tributario que lleva á sus amos mas que lo que ellos pueden darle. «Pensando en lo que yo era, escribe él mismo mas tarde, estaba confundido de humildad; pero pensando en lo que yo llevaba me sentia igual á las dos coronas: yo no era ya yo, era el instrumento de Dios, escogido y señalado para cumplir un gran designio.»

## XVIII.

Fernando escuchó á Colon con gravedad; Isabel con entusiasmo, y concibió á la primera mirada y á los primeros acentos de este enviado de Dios, una admiración que rayaba en fanatismo y un atractivo que se confundía con la ternura. La naturaleza habia dado á la persona de Colon la seducción que nos ciega, tanto como la elocuencia que persuade al entendimiento. Se hubiera dicho que ella le destinaba á tener por primer apóstol una reina, y que la verdad con la cual iba á dotar á su siglo, debía ser recibida y alimentada en el corazón de una mujer. Su constancia en favor de Colon no se desmintió ni aun delante de los indiferentes de su corte, ni delante de sus enemigos, ni delante de sus reveses; creyó en él desde el primer día y fué su prosélita sobre el trono, y su amiga hasta la muerte.

Fernando, despues de haber oído á Colon, nombró un consejo de exámen en Salamanca, bajo la presidencia de Fernando de Talavera, prior del Prado. Este consejo se componía de los hombres mas versados en las ciencias divinas y humanas de los dos reinos. Reunióse aquella capital literaria de España en el convento de los dominicos, donde Colon recibió la hospitalidad. Los sacerdotes eran los que á la sazón lo decidían todo en España, porque la civilización estaba en su santuario. Los reyes no reinaban mas que sobre los actos, pero las ideas pertenecían á los pontífices. La Inquisición, policía sacerdotal, vigilaba y castigaba hasta cerca del trono todo cuanto tenia relación con la heregía. El rey añadió á este consejo profesores de astronomía, de geografía, de matemáticas y de todas las ciencias profesadas en Salamanca. Este auditorio no intimidó á Colon, porque se lisonjaba con la idea de ser juzgado allí por sus correligionarios; pero fué juzgado nada mas que por sus competidores. La primera vez que compareció en el salón del monasterio, los frailes y los pretendidos sabios, convencidos de antemano de que toda

teoría que iba mas lejos de su ignorancia ó de su rutina, no era mas que el sueño de una imaginación enferma ó soberbia, no vieron en este oscuro extranjero mas que un aventurero buscando fortuna con sus quimeras. Nadie se dignó escucharle, á escepcion de dos ó tres religiosos del convento de San Esteban de Salamanca, religiosos oscuros y sin autoridad, que se entregaban en su claustro á estudiar, despreciados por el clero superior. Los otros examinadores de Colon le confundieron con citas de la Biblia, de los profetas, de los salmos, del Evangelio y de los Padres de la Iglesia, quienes pulverizaban de antemano con testos indiscutibles la teoría del globo y la existencia quimérica é impia de los antipodas. Lactancio, entre otros, explica formalmente con este motivo un pasaje que se opone á los pensamientos de Colon.

«Hay nada mas absurdo, decía Lactancio, que creer que hay antipodas, que tienen los pies opuestos á los nuestros, hombres que andan con los talones en el aire y la cabeza hacia abajo, una parte del mundo donde todo está á la inversa, donde los árboles crecen con las raíces en el aire y las ramas hacia abajo?»

San Agustín habia ido mas allá todavía, y habia tachado de iniquidad la fé de los antipodas, «pues, decía, esto seria suponer naciones que no descienden de Adán, pues la Biblia dice que todos los hombres descienden de un solo padre.»

Otros doctores, tomando una metáfora poética por un sistema del mundo, citaban al geógrafo el versículo del salmo donde se dice que Dios extendió el cielo sobre tierra, como una tienda; de donde resultaba, segun ellos, que la tierra debía ser plana.

Colon respondía en vano á sus interlocutores con una piedad infinita; en vano siguiéndoles respetuosamente en el terreno teológico, se manifestaba mas religioso y mas ortodoxo que ellos, porque él era mas inteligente y mas entusiasta de la obra de Dios. Su elocuencia, que patentizaba la verdad, perdió todo su fuego y toda su luz en las tinieblas voluntarias de estos espíritus obstinados. Algunos religiosos se manifestaron, no obstante, un tanto conmovidos entre la duda y la convicción al escuchar el acento de Colon. Diego de Deza, religioso del orden de Santo Domingo, hombre superior á su siglo, que llegó á ser mas tarde arzobispo de Toledo, se atrevió á combatir generosamente las preocupaciones del consejo, y á prestar su palabra y autoridad á Colon. Este inesperado socorro no pudo destruir la indiferencia ó la obstinación de los examinadores. Las conferencias se multiplicaron sin traer la anulación; últimamente, languidecieron y dejaron la verdad con dilaciones, que son el último refugio del error. Estas conferencias se interrumpieron ademas por una nueva guerra de Fernando é Isabel contra los moros de Granada. Colon, entriste-

cido, despreciado, sostenido únicamente por el favor de Isabel y por la conquista de Diego de Deza en su teoría, siguió miserablemente á la corte y al ejército de campamento en campamento y de ciudad en ciudad, espjando en vano una hora de atención, que le impedía obtener el tumulto de las armas. La reina, sin embargo, tan fiel en el secreto favor que le había prometido, como la fortuna la era adversa, continuaba esperando tiempos mejores para proteger aquel genio desconocido. Mandaba reservar para Colon una casa ó una tienda en todos los altos que hacia la corte. Su tesoro estaba encargado de mantener al sabio extranjero, no como á un huésped importuno que mendiga socorros, sino como huésped distinguido que honra la monarquía, y que los soberanos quieren tener á su servicio.

## SIX.

De esta manera trascurrieron muchos años, durante los cuales el rey de Portugal, el rey de Inglaterra y el rey de Francia, habiendo oído hablar por sus embajadores de este hombre extraño, que prometía un nuevo mundo á los reyes, hicieron algunas proposiciones á Colon para que llevase á cabo su proyecto en favor de aquellas monarquías. El tierno reconocimiento que había profesado á Isabel y el amor que había profesado á doña Beatriz Enriquez de Córdoba, ya madre de su segundo hijo Fernando, contribuyeron á que mirase con desden estas ofertas, y por consecuencia le detuviesen en la corte. Reservaba á la joven reina un imperio en recompensa de la bondad que le había demostrado. Asistió al sitio de Granada, y vió á Boabdil dar á Fernando y á Isabel las llaves de esta capital, los palacios de los abencerrages y la mezquita de la Alhambra. Formó parte del séquito de los soberanos españoles é hizo con ellos su entrada triunfal en el último asilo del islamismo. Colon veía mas allá de estos baluartes, de estos valles de Granada, otras mezquitas y otras entradas triunfales en mas vastas posesiones. Todo le parecia pequeño comparado con sus pensamientos.

La paz que se siguió á esta conquista, en 1492, motivó una segunda reunion de examinadores de sus planes en Sevilla, para dar su dictámen á la corte. Este dictámen, combatido en vano, como en Salamanca por Diego de Deza, desechó las ofertas del aventurero genovés, si no como impías, al menos como quiméricas y comprometidas para la dignidad de la corte de España, que no podia autorizar una empresa basada en tan pueriles fundamentos. Fernando, mediante la influencia de Isabel, dulcificó la dureza de esta reso-

lucion del consejo al trasmitirla á Colon. Prometiale que inmediatamente despues de la tranquila posesion de España por la completa espulsion de los moros, la corte favoreceria con sus recursos y su marina la expedicion del descubrimiento que le detenia en la corte tanto tiempo.

## XX.

Esperando sin muchas ilusiones el cumplimiento siempre dilatado de las promesas del rey y de los deseos mas sinceros de Isabel, Colon vió á dos grandes señores españoles, al duque de Medina-Sidonia y al duque de Medina-Celi, con el objeto de hacer á su costa esta empresa. Tanto el uno como el otro poseian puertos y naves de la costa de España. En un principio les halagó esta perspectiva de gloria y de posesiones marítimas para su casa; pero despues abandonaron este proyecto por incredulidad ó por indiferencia. La envidia se echó en cara contra Colon aun antes que la hubiera merecido por el buen éxito de su empresa, y le persiguió anticipadamente y por instinto hasta en medio de sus esperanzas; ella le disputaba lo que llamaba sus quimeras. Por último, renunció con lágrimas á estas tentativas. La frialdad de los ministros cuando le escuchaban, la obstinacion de los frailes en rechazar sus ideas como una impiedad de la ciencia, las vanas promesas y las eternas dilaciones de la corte produjeron en su alma, despues de seis años de angustias, tal desaliento, que renunció definitivamente á toda solicitud cerca de los soberanos de España, y resolvió ir á ofrecer su imperio al rey de Francia, del cual había recibido algunas provocaciones.

Arruinado, abatido, sin esperanza, con el corazón despedazado por la necesidad que tenia de separarse del amor que le unia á doña Beatriz, partió de Córdoba, si no con las perspectivas del porvenir, al menos para ir á encontrar á su fiel amigo el prior Juan Perez en el monasterio de la Rábida. Se proponia recoger á su hijo Diego que había dejado allí, llevarle á Córdoba y confiarle, antes de su partida para Francia, á doña Beatriz, madre de su hijo natural Fernando. Educados de este modo los dos hermanos por los cuidados y el amor de la misma muger, adquiririan el uno para el otro aquella ternura fraternal, única herencia que el pudo dejarles.

## XXI.

Las lágrimas humedecieron las mejillas del prior Juan Perez viendo á su amigo á pié,

vestido mas miserablemente todavía que la primera vez, llamando á la puerta del monasterio, atestiguando demasiado por la desnudez en que se hallaba y por la tristeza de su rostro, la incredulidad de los hombres y la ruina de sus esperanzas. Pero la Providencia había ocultado de nuevo el resorte de la fortuna de Colon en el corazón de la amistad. La fé del pobre fraile en la verdad y en el porvenir de los descubrimientos de su protegido, en lugar de abatirle le indignó y le obstinó caritativamente contra sus desgracias. Abrazó á su huésped, gimió y lloró con él; pero recobrando bien pronto toda su energía y toda su autoridad, mandó á buscar al palacio al médico Fernandez, al antiguo confidente de los misterios de Colon, á Alonso Pinzon, rico navegante de aquel puerto, y á Sebastian Rodriguez, piloto consumado de Lepi. Demostradas nuevamente las ideas de Colon delante de este pequeño consejo de amigos, entusiasmaron mas y mas al auditorio. Le suplicaron que se quedara y que tentara todavía la fortuna de conservar á España, aunque ingrata é ingrata, la gloria de una empresa única en la historia. Pinzon prometió concurrir con sus riquezas y con sus naves al armamento de la flotilla inmortal, tan pronto como el gobierno consintiese en autorizarle. Juan Perez escribió, no ya al confesor de la reina sino á la reina misma, interesando su conciencia tanto como su gloria en una empresa que convertiria á muchas naciones idólatras á la verdadera fé. Hizo hablar á la tierra y al cielo, y encontró la persuasión y el fuego en la pasión de la grandeza de su patria y en la amistad. Colon, desanimado, rehusando llevar esta carta á una corte, cuya lentitud y cuyo desden había ya experimentado, el piloto Rodriguez se encargó de llevarla él mismo á Granada, donde la corte residia entonces. Este partió, acompañado de los votos y de los ruegos del convento y de los amigos de Colon en Palos. Catorce dias despues de su partida se le vió llegar triunfante al monasterio. Había leído la reina la carta de Juan Perez y había vuelto á encontrar con su lectura todas sus prevenciones favorables hácia el genovés. Mandaba llamar al momento al venerable prior á la corte, y hacia decir á Colon que esperase en el convento de la Rábida la vuelta del fraile y la resolucion del consejo.

Juan Perez, embriagado de alegría por la felicidad de su amigo, mandó eusillar la mula sin perder un solo instante y se puso en camino aquella misma noche, so'o, al través de los campos infestados de moros. Sintió que el cielo protegía en él al gran designio que tenia en depósito en su amigo. Llegó: las puertas del palacio se abrieron á su nombre; vió á la reina; reavivó con el ardor de su propia conviccion la fé y el celo que había concebido hácia esta grande obra. La marquesa de Moya, favorita de Isabel, se apasionó por entusiasmo

y por piedad del protegido del santo religioso. Estos dos corazones de muger, encendidos por la elocuencia de un fraile en favor de los proyectos de un aventurero, triunfaron de la resistencia de la corte. Isabel envió á Colon una cantidad de dinero, sacada de su tesoro secreto, para que comprase una mula y vestidos, y para que pasase inmediatamente á la corte. Juan Perez quedó cerca de la reina para sostener á su amigo en su empresa y en su crédito, y trasmitió estas dichosas nuevas y este socorro de dinero á la Rábida por medio de un mensajero, que puso la carta y la cantidad en manos del médico Fernandez de Palos para que entregase ambas cosas á Colon.

## XXII.

Colon, habiendo comprado una mula y tomado un criado, llegó á Granada, y fué admitido para debatir sus planes y sus condiciones con los ministros de Fernando. «Se veía entonces, escribe un testigo ocular, á un hombre oscuro y desconocido seguir á la corte, confundido por los consejeros de las dos coronas entre la multitud de los pretendientes importunos, repasando por su imaginacion en los rincones de las antecámaras el pomposo proyecto de descubrir un mundo; grave, melancólico y abatido en medio del regocijo público, parecia que miraba con indiferencia el término de la conquista de Granada, que llenaba de orgullo á un pueblo y á dos cortes: este hombre era Cristóbal Colon.»

Los obstáculos esta vez procedieron de Colon. Seguro del continente que ofrecía á España, queria, por respeto á la misma grandeza del presente que iba á hacer al mundo y á sus soberanos, estipular, para él y para sus descendientes, condiciones dignas, no de él mismo, sino de su obra. Careciendo de un legítimo orgullo hubiera creído carecer de fé en Dios y de dignidad en su mision. pobre, aislado, trataba como soberano de las posesiones que no veía todavía mas que en su pensamiento. «Un mendigo, decia Fernando de Talavera, jefe del consejo, hace las condiciones de un rey á los reyes.» Exigia el título y los privilegios de almirante, el poder y los honores de virey de todas las tierras que uniese por sus descubrimientos á la España, la décima parte en perpetuidad, para él y para sus descendientes, de todos los productos de estas posesiones. «Singulares exigencias de un aventurero, exclamaban sus adversarios en el consejo, que le atribuirian probablemente el mando de una flota y la pension de un vireinato sin limites si saliese bien de su empresa, y que nada arriesga si no sale airoso con su proyec-

to, puesto que su miseria actual no tiene nada que perder.»

Se admiraron en un principio de estas exigencias, y concluyeron por indignarse; le ofrecieron condiciones menos onerosas para la corona, pero á pesar de su indigencia no quiso ceder. Cansado, pero no vencido, por diez y ocho años de pruebas desde el día en que se mostró con su pensamiento que ofrecía á las potencias de la tierra, se hubiera avergonzado de rebajar el precio del donativo que Dios le había hecho. Se retiró respetuosamente de las conferencias con los comisarios de Fernando, y cabalgó solo y desnudo sobre una mula, presente de la reina, y volvió á tomar el camino de Córdoba, para dirigirse desde este punto á Francia.

## XXIII.

Isabel, al saber la partida de su protegido, tuvo como el presentimiento de las grandes cosas que se alejaban para siempre de su lado con este hombre predestinado. Indignése contra sus comisarios que ajustaban con Dios, exclamó ella, el precio de un sin precio, y sobre todo el precio de millones de almas entregadas por su culpa á la idolatría. La marquesa de Moya y Quintanilla animaron con su elocuencia sus remordimientos. El rey, mas frío y mas calculador, titubeaba; el gasto de la empresa en un momento de penuria del tesoro le detenía. «Y bien, exclamó en un arranque de generoso entusiasmo Isabel, yo me encargo sola de la empresa, por mi corona personal de Castilla. Yo daré mis joyas y mis diamantes para subvenir á los gastos del armamento.»

Este arranque de corazón de una muger triunfó de la economía del rey, y por un cálculo mas sublime, adquirió incalculables tesoros de riquezas y de provincias para estas dos monarquías. El desinterés inspirado por el entusiasmo es la verdadera economía de las almas grandes y la verdadera sabiduría de los grandes políticos.

Corrieron al punto detrás del fugitivo: el mensajero que la reina le envió para llamarle le encontró á algunas leguas de Granada, en el puente de Pinos, famoso desfiladero situado entre las rocas donde los moros y los cristianos habían frecuentemente confundido su sangre con las aguas del torrente que separaba las dos razas. Colon enternecido volvió á echarse á los pies de Isabel. Esta, obtuvo por sus lágrimas del rey Fernando la ratificación de las condiciones exigidas por Colon. Sirviendo la causa abandonada de este hombre grande, creía servir la causa de Dios á quien no conocía aquella parte del género humano que iba á conquistar á la fé: veía el reino celestial

en las adquisiciones que su favorito iba á hacer á su imperio, y Fernando miraba allí su monarquía terrestre. Soldado de la cristiandad en España y vencedor de los moros, todos cuantos fieles añadía á la fé de Roma, aumentaban el número de sus súbditos por el papa; los millones de hombres que iba á ligar con el cristianismo con los descubrimientos de este aventurero se los entregaba de antemano en plena posesion las bulas de la corte de Roma. Todo el que no era cristiano, á sus ojos, era esclavo de derecho; toda aquella parte de la humanidad que no estaba señalada con el sello de Cristo, no tenia tampoco el sello del hombre.

El tratado entre Fernando, Isabel y este pobre aventurero genovés, que se había echado á sus pies algunos años antes en su capital, no teniendo otro asilo que la hospitalidad á las puertas de un monasterio, fué firmado en la vega de Granada el 17 de abril de 1492. Isabel tomó por su cuenta los gastos de la expedición; nada mas justo que la primera que había creído arriesgar mas en la empresa, y nada mas justo tambien, que la gloria y el reconocimiento del éxito se unieran antes que á otro nombre al suyo. Asignése á Colon el pequeño puerto de Palos, en Andalucía, por centro de organización de la expedición y por punto de partida de su escuadra. El pensamiento concebido en el monasterio de la Rábida, cerca de Palos, por Juan Perez, y por sus amigos en su primer encuentro con Colon, volvía al punto de donde había partido. El prior de este monasterio iba á presidir los preparativos y á ver desde su ermita la primera vela de su amigo desplegarse hácia el mundo desconocido que habían visto juntos con la mirada del genio y de la fé.

## XXIV.

Obstáculos numerosos, imprevistos, insuperables en la apariencia, se opusieron de nuevo á los favores de Isabel y al cumplimiento de las promesas de Fernando. Faltó el dinero en el tesoro real; las naves destinadas á expediciones mas urgentes se alejaban de los puertos de España: los marineros enganchados para una travesía tan larga y tan misteriosa, se negaban ó desertaban á medida que se iban reclutando. Las ciudades del litoral, obligadas por orden de la corte á suministrar lo mas necesario, dudaron obedecer, y desarmaron las naves condenadas, en la opinion general, á una pérdida cierta. La incredulidad, el terror, la envidia, la avaricia rompieron cien veces en las manos de Colon y de los agentes de la corte los medios materiales de ejecución que el favor de Isabel había puesto á su disposición. Parecía que un genio fatal, obstinado en lu-

char contra el genio de la unidad de la tierra, quería separar para siempre estos dos mundos que el pensamiento de un solo hombre trataba de unir.

Colon lo presidia todo desde lo interior del monasterio de la Rábida, donde su amigo, el prior Juan Perez, le había dado nuevamente hospitalidad. Sin la intervencion y la influencia de este pobre religioso, la expedición ordenada hubiera fracasado definitivamente, porque todas las órdenes de la corte eran impotentes y desobedecidas; pero el monge halló recursos en sus amigos de Palos: se fiaron en su fé, y en sus consejos. Tres hermanos, ricos y navegantes de Palos, los Pinzones, se sintieron por fin penetrados de la convicción y la esperanza que inspiraban al amigo de Colon. Creyeron oír la voz de Dios en este anciano solitario; se asociaron espontáneamente á la empresa; suministraron el dinero, aparejaron tres naves llamadas entonces *carabelas*, engancharon marineros de los puertos de Palos y de Moguer, y para dar á la vez impulso y ejemplo de confianza á sus marineros, dos de los tres hermanos, Martin Alonso Pinzon y Vicente Pinzon resolvieron embarcarse y tomar mando en los bageles expedicionarios. Merced á esta generosa asistencia de los Pinzones, tres bageles, ó mas bien, tres barcas, la *Santa Maria*, la *Pinta* y la *Niña*, se pusieron en estado de navegar, y se hallaron dispuestos á la expedición el 3 de agosto de 1492.

## XXV.

El rayar el día, Colon, acompañado hasta la orilla por el prior y por los religiosos del convento de la Rábida, que bendijeron el mar y sus velas, abrazó á su hijo, que confiaba á los cuidados de Juan Perez, y subió sobre la mas grande de sus tres naves, la *Santa Maria*. Enarboló su pabellon de almirante de un Océano ignorado y de un virey de tierras desconocidas. El pueblo de los puertos y de la costa se apiñaba en inmensurable multitud sobre la ribera para presenciar esta partida, cuyo regreso creían imposible las preocupaciones populares. Aquello parecía un séquito fúnebre mas bien que un saludo de dichosa travesía; había allí mas tristeza que esperanza, mas lágrimas que aclamaciones. Las madres, las mugeres, las hermanas de los marineros maldecían en voz baja á aquel funesto extranjero que había secuestrado con sus palabras encantadoras el ánimo de la reina, y que tomaba tantas vidas de hombres bajo la responsabilidad de uno de sus sueños. Colon, como todos los hombres que conducen á un pueblo mas allá de sus preocupaciones, seguido con violencia, entra en lo desconocido, en medio de las maldiciones y de

las murmuraciones. Esta es la ley de las cosas humanas; todo lo que sobrepuja á la humanidad basta para conquistarle una idea, una verdad ó un mundo, la hace murmurar. El hombre es como el Océano, tiene una tendencia al movimiento y un peso natural hácia la inmovilidad: de estas dos tendencias contrarias nace el equilibrio de su naturaleza. ¡Desgraciado el que le rompe!

## SEGUNDA PARTE.

## I.

El aspecto de esta flotilla, apenas comparable á la expedición de pesca ó de tráfico sobre la costa, era muy propio para contrastar en los ojos y en el alma del pueblo, con la grandeza y los peligros que iba temerariamente á afrontar. De las tres barcas de Colon solamente una tenía puente, es decir, la que él montaba. Era un angosto y débil navío mercante, ya viejo y castigado por las olas; las otras dos barcas no tenían puentes; una ola demasiado hinchada hubiera sido suficiente para sumergirlas. Pero la popa y la proa de estas dos barcas, eran muy elevadas á las olas, como las antiguas galeras, tenían dos semi-puentes, cuyo vacío daba asilo á los marineros en las borrascas é impedía que el peso de una ola embarcada hiciese zozobrar la carabela. Estas barcas llevaban dos mástiles, el uno en medio y el otro hácia la proa del buque. El primero de estos dos mástiles no llevaba mas que una vela cuadrada y el segundo una vela latina triangular; largos remos y rara y difícilmente empleados se adaptaban en tiempo de calma á las maniobras de la embarcación, y en caso de necesidad imprimían un lento impulso al bastimento. Sobre estos tres buques desiguales en tamaño dispuso Colon los ciento veinte hombres que componían toda su tripulación. Solo él iba allí con semblante sereno, con mirada tranquila y con firmeza de corazón. Sus conjeturas habían tomado, durante el periodo de diez y ocho años, en su ánimo el aspecto de la certidumbre. Ann cuando había llegado á mas de la mitad del término de su vida y entraba á cumplir los cincuenta y siete años, miraba como nada los que había dejado atrás; sentía interiormente la juventud de la esperanza y el porvenir de la inmortalidad. Yendo á tomar posesion de estos dos mundos, hácia los cuales encaminaba sus velas, escribió y publicó, al subir sobre su nave, una relacion solemne de todas las fases que su espíritu y su fortuna habían recorrido hasta entonces para concebir y ejecutar su designio: á esta relacion añadía la enumeración de todos

BIBLIOTECA CENTRAL